NOTAS

EL EXILIO EN MARÍA ZAMBRANO*
*Julieta Lizaola***

*Fui la piedra y fui el centro
Y me arrojaron al mar
Y al cabo de largo tiempo
Mi centro vine a encontrar*
Copla popular española

Se nos ha ido mostrando que todo alto pensamiento filosófico desemboca en el terreno de la política. Esto señala lo inevitable que es el pensar para vivir socialmente mejor. Recordemos que la filosofía nació con la premisa de conocer para transformar el mundo, de sustentar las ideas que hacían del hombre un ser político, un ser de la polis poseedor de cierto saber. Es aquí donde el pensamien-

to se continúa y logra unir lo que preocupó a Pitágoras, Platón, Aristóteles, Rousseau, Kant, Marx, por ejemplo: lo ineludible del pensar sobre nuestra vida política como un requerimiento sustancial. Es esta mirada la que se nos abre cuando accedemos a la perspectiva filosófica de María Zambrano.
Ella profundizó en este paradigma de la vida con la intención de ofrecer un pensamiento desde el cual se pudiera cuestionar de nuevo nuestra realidad: la que se ha tejido ofreciendo continuamente nuevas víctimas a la historia sacrificial, a la que esta-

* Homenaje en el centenario de su natalicio 1904-2004.
** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

NOTAS

202

mos sujetos desde los inicios de la historia. Es el deseo de Zambrano poner sobre la mesa este conflicto hasta ahora pendiente del debate filosófico; conflicto fundamental que nos ata a la posibilidad del ser y de la historia bajo el arquetipo originario del sacrificio. El cual viene a señalarnos que no hemos modificado nuestra referencia inicial con el mundo. Esto implica que nuestro mediar con la realidad continua realizándose bajo el precepto del dar lo más precioso de la vida para poder recibir vida. Y lo más significativo para el hombre a la hora de dar, ha sido el don más alto: la vida misma. Entregar la vida, la sangre, la carne, es la dádiva más rica que podemos otorgar a nuestras veneraciones. Entregar víctimas, entregar sufrimiento, muerte.

Zambrano se rebela contra la significación anterior, el continuar nuestra relación con lo sagrado a través del sufrimiento de víctimas propiciatorias; su afán será romper este fundamento sobre el que se ha alzado la ciudad de los hombres. Quiere romper la estructura conceptual en que hemos edificado nuestro actuar ético, que abandonemos el arquetipo que establece intercambiar muerte por vida. Y esto le exige replantar el fundamento ético de la política. La estructura que refiere Zambrano abarca tanto el desarrollo

cotidiano del quehacer político como el ámbito de lo simbólico donde la muerte ocupa varios rostros, siendo uno de ellos el del exilio.

Hablar del exilio, siguiendo lo anterior, implica remitirnos a un quehacer que se establece bajo los requerimientos de la idea del sacrificio. El exiliado, desde la dimensión del poder, ya no cuenta, da igual si vive o muere pues a lo que se le ha sentenciado es a su muerte simbólica. Está fuera de la realidad, su existencia ha dejado de tener presencia. El nuevo poder, autoproclamado capaz de decidir quién vive o muere, va reduciendo paulatinamente la vida política a una cuestión de dominación. La experiencia del exilio si algo nos muestra en primera instancia es la diversidad de elementos que la componen, tales como la negación política, el deprecio por lo diferente, la incapacidad para comprender otras voces. Pero también, la experiencia se ahonda en el interior de quien la vive, desde la perspectiva del exiliado las cosas no se someten a este decreto. Y ahí, desde esa interioridad, Zambrano nos deja saber de su experiencia: desde el paso por la destrucción de la vida política y sus consecuentes *legitimaciones* e institucionalizaciones, hasta el caminar doloroso del espíritu sobreviviendo al naufragio. Ambas caras son retomadas, observadas y unifica-

das en la concepción zambranianana de exilio. No hay el desarrollo de una y luego de otra. Ambas se integran dando lugar a un fenómeno que como experiencia vital es asumido, es decir, es fundamento de su meditaciones filosóficas: es el lugar de la negación, del abandono, de la soledad y, como tal, también del renacer. Y para que ello ocurra es menester abrirse a otro tiempo, al propio, al que transcurre en nuestro interior. El exilio menciona, refiere, a un tipo de visión que, como a veces se olvida, actúa directamente sobre nuestras vidas y por lo mismo sobre nuestra cultura. Es una experiencia de tal magnitud que es referencia continua, identidad y nuevo principio. Para Zambrano fue todo ello, lugar del renacer en todos los sentidos de la vida. Debemos adentrarnos en este problema, ya no estrictamente político, y dirigirnos a esa parte menos desarrollada y entendida de formar parte fundamental de tal experiencia: el exilio del ser.

II

Comprender el exilio presupone entenderlo como resultado de un acto de negación social y política siendo ésta la circunstancia que la suscribe. Dentro de este espectro podemos hablar como si fueran si-

nónimos la figura del exiliado, del refugiado, del desterrado. El refugiado político tiene la nueva tierra que lo acoge, el desterrado ha perdido su tierra pero sigue teniéndola como el lugar verdadero, sentir el destierro es sentir, en palabras del Dr. Adolfo Sánchez Vázquez, “un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no termina por cerrar” hasta que, finalmente, se llega a formar parte de la tierra que te acoge. Sin embargo, el exiliado zambranianano es aquel que tras el naufragio lo ha perdido todo, hasta la nueva tierra que pisa. No puede tener dentro de sí lo perdido ni lo que se le ofrece. Es estar en el espacio de desolación total. Es no poseer más el espacio de su ser y de lo que éste constituía; en este sentido, el exilio es la ausencia del ser, es el triunfo de su negación más no de su destrucción. Ausencia del ser en dos vertientes, ausente de sí mismo, no puede participar de lo que ocurre en el mundo y de su construcción.

Podemos observar que en el pensamiento de Zambrano el exilio implica, principalmente, una dimensión espiritual. Entrañas a recorrer es el sendero que se le abre al que entra al exilio. No hay experiencia sin ser, ya que éste que se va haciendo en virtud de lo que ve y padece y no sólo de lo que piensa y razona.

NOTAS

Lo propio es solamente en tanto negación, imposibilidad. Imposibilidad de vivir, que cuando se cae en la cuenta es imposibilidad de morir. El filo entre vida y muerte que igualmente se rechazan. Sostenerse en ese filo es la primera exigencia que al exiliado se le presenta como ineludible. Peregrinación entre las entrañas esparcidas de una historia trágica.¹

En lo más profundo de nuestra interioridad, no sólo recorreremos y aceptamos las sombras que habitan con nosotros sino también la palabra que las nombra y que al hacerlo nos permite vernos entre todo lo que hemos mirado y padecido. Palabras que no pueden ser concebidas como verdad poética o verdad filosófica. ¿Cuál de las dos es la que puede dar cuenta del ser del hombre? Nuestra autora rechaza tener que responder a esta cuestión como si el ser pudiera ser dividido, rechaza la jerarquización a la que han sido sometidas las diferentes verdades, los diferentes saberes. Esto nos ha conducido a aceptar como 'normal' la escisión de la palabra: o palabra justificadora del que vence o palabra liberadora del vencido; o palabra legitimadora de

lo establecido o palabra que clama por la libertad de lo 'enterrado vivo', lo que no ha alcanzado el *estatus* de existencia o reconocimiento de su condición vital.

III

El poeta José Ángel Valente en el ensayo que inicia el libro *Los poetas del exilio español en México*,² nos recuerda que —según la visión de Isaac de Luria³— el primer acto de Dios no fue un acto de manifestación de sí mismo, sino de ocultamiento, de retirada, de retracción, de exilio hacia el interior de sí, con el propósito de generar un espacio vacío, donde algo distinto de él, el mundo, pudiera ser creado, quedando así, el exilio en la raíz del infinito creador. Según esta metáfora el acto de creación presupone un movimiento de exilio, de retracción, donde pueda darse lugar al espacio vacío, desnudo, donde puede ser posible la creación, y donde ésta

² Ángel Valente, "Poesía y exilio", en *Los poetas del exilio español en México*, 1988, México, El Colegio de México, p. 21.

³ Isaac de Luria responde al compromiso histórico de explicar el sentido del exilio —la expulsión judía de España— como forma de un exilio original, primordial: de un exilio ontológico capaz de fundamentar el ser.

¹ María Zambrano, *Los bienaventurados*, 1990, Madrid, Siruela, p. 32.

no es nunca un acto de poder, de dominación, sino por el contrario de aceptación.

La teoría de la creación mencionada guarda una cercana relación con la metáfora del exilio de Zambrano, donde la vida es un continuo recrearse, un renacer, un despertar. Según lo anterior se despierta a ella, después de una retracción en nosotros mismos, después de reconocer, y aceptar, las sombras que habitan en nuestra alma. Es una puerta que se abre a nuestra intimidad, al espacio-tiempo donde la vida de la interioridad se desarrolla. Al lugar donde el alma resiste. Si el mundo fue creado por ausencia de Dios, nosotros nos creamos en la ausencia del mundo, en el espacio desnudo de la nada; y tan desamparados estamos que sólo nos queda la vida, sin más sustento, ni patria, ni tierra, ni cobijo. La vida suspendida y sin otro propósito que el de renacer, que el de transformar reconstruir la vida para nacer a ella nuevamente.

Sin embargo, no podemos olvidar que este desamparo pertenece también a una dimensión histórica determinada, donde la persona vive con toda plenitud el hecho de estar arrojada de la historia “de no tener un lugar en el mundo, ni social, ni político, ni ontológico. No ser nadie –dice Zambrano– ni un mendigo, no ser nada...”⁴ Es entrar en una condición

⁴ María Zambrano, *op. cit.*, p. 36.

que se hace violentamente clara: Inicia “...el exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado...”⁵ La existencia del ser humano a quien este desamparo inunda “ha entrado ya en exilio, como en un Océano sin isla alguna a la vista,”⁶ donde la soledad es la distancia entre el yo y los otros.

El exiliado, ausente del mundo o de la historia, habita entre la vida y la muerte, el lugar privilegiado para la lucidez, donde las palabras de la justificación no tienen lugar y donde lo único que realmente se posee es un horizonte vacío; el exiliado tiene la interioridad como refugio y en lugar de la creación, el nuevo espacio de búsqueda de su ser mismo, de renacer a la vida y al mundo; ahí la palabra y su ser podrán comulgar en eso que Paul Ricoeur llama narración. La vida, se conforma por una serie de relatos donde se es tramando, rememorando, se es diciendo y escribiendo; la identidad entonces es una identidad narrativa que se crea, se comprende como una metáfora viva. “Lo que en el fracaso queda –dice Zambrano– es algo que ya nada ni nadie puede arrebatarlos. Y este género de fracaso era entonces y sigue siendo ahora la garantía de un renacer más completo: el que adviene

⁵ *Ibid.*, p. 29.

⁶ *Ibid.*, p. 31.

NOTAS

cada vez que un hombre íntegro vuelve a salir, al alba, al camino.”⁷

De esta concepción de la figura del exilio, se constituyen como posibilidad el espacio vacío y del acto de aceptación, fundamental para la creación; la creación en específico de nuestro ser, la creación de la tan añorada nueva identidad ante la muerte de los dioses, el santo y seña de quienes somos. La identidad que se crea a través de la palabra, en los límites de la palabra, y que nos regresa a la unidad de nosotros mismos. *Escribir es engendrar*.⁸

Désele voz –dice Zambrano en su “Carta sobre el exilio”– que no pide otra cosa sino que le dejen dar, dar lo que nunca perdió: la libertad que se llevó consigo y la verdad que ha ido ganando.⁹

El exilio que vivió Zambrano le permitió tejer el entramado entre vida y obra filosófica, en la que podemos constatar que la búsqueda de la verdad se cifra en la palabra: “valen

más los intentos fallidos de encontrar la libertad, que la libertad misma”.¹⁰ Libertad que Zambrano concibe en su propia lealtad a la búsqueda de la palabra:

la comunicación de lo oculto que se hace mediante lo escrito, es la gloria, la gloria que es la manifestación de la verdad escondida hasta el presente, que dilatará los instantes transfigurando las vidas. Es la gloria que el escritor espera aún sin decírselo y que logra, cuando escuchando en su soledad sedienta con fe, sabe transcribir fielmente el secreto desvelado... después de perseguir, capturar y retener, las palabras para ajustarlas a la verdad. Por esta búsqueda heroica cae la gloria sobre la cabeza del escritor, pero esta gloria es en rigor de todos y se manifiesta en la comunidad espiritual del escritor...¹¹

El escritor que logra acceder a la palabra, sabe que esta no debe ser dividida en poesía o en filosofía, ninguna por sí misma logra dar cuenta de la vida del hombre. Son ambas y su posible diálogo el que agranda el dar

⁷ “Discurso de María Zambrano en la entrega del Premio Cervantes 1988”, en María Zambrano, *Premio Miguel de Cervantes*, 1989, Barcelona, Anthropos, p. 54.

⁸ Novalis, *Granos de polen*, 1987, México, SEP, Cien del Mundo, p. 33.

⁹ María Zambrano, “Carta sobre el exilio”, en *La razón en la sombra*, Antología de M. Zambrano realizada por Jesús Moreno, 1993, Madrid, Siruela, p. 391.

¹⁰ María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, 1998, Madrid, Siruela, p. 20.

¹¹ María Zambrano, *Hacia un saber del alma*, 1993, Madrid, Alianza, p. 38.

cuenta de la vida del ser. La dimensión espiritual del exilio guarda y expresa en la voz. “La voz de María Zambrano –dice Octavio Paz– es una voz que venía de lejos, de un lugar muy antiguo, que no estaba afuera sino adentro de ella misma.”¹²

IV

Si las palabras nos dejan saber quiénes somos, es necesario salvarlas de su momentaneidad, de su ser transitorio y conducir las hacia la perdurable reconciliación que es el oficio del escritor: “descubrir el secreto y comunicarlo a través de la palabra escrita, son los acicates que le mueven”.¹³ Escribir, nos confiesa Zambrano, es defender la soledad en que se está, mostrando lo que en ella y únicamente en ella se encuentra. Lo que en el recorrido por las entrañas del ser exiliado le permite recuperar y llevar al pensamiento. El escribir –el ir a la búsqueda y encuentro de las palabras– pide antes que cualquier otra cosa fidelidad: ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio

y que para lograrlo requiere de un espacio vacío donde serán depositadas. “Tengo miedo de escribir. Escribir es tan peligroso”, dice Clarice Lispector y parece establecer un diálogo con Zambrano: “Quien lo ha intentado lo sabe. Peligro de hurgar en lo que está oculto pues el mundo no está en la superficie, está oculto en sus raíces, en las profundidades del mar. Para escribir tengo que instalarme en el vacío.”¹⁴ A lo que nuestra filósofa podría complementar el diálogo imaginario cuando nos confiesa “todo lo ofrezco a través de la palabra, como temblor. Cuando dejaré de escribir, me pregunto, cuando, Señor, dejaré de temblar”.¹⁵ Escribir es instalarse en el laberinto de nuestra soledad, recorrerlo como se recorre el desierto, sin saber por dónde se puede hacer un camino ni qué se puede encontrar en él. Lo que en él aparezca será lo que se saque del pozo a la luz, recuperando su imagen y su palabra, tomando su lugar en el mundo: es el resultado del pensar, cuyo fruto nos da soplo de esperanza, soplo de vida. De ahí el temblor del pensar. La semilla que llevamos dentro germina, en el exilio del ser, como los granos bajo la tierra. Como

¹² Octavio Paz, “Una voz que venía de lejos”, en *Homenaje a María Zambrano*, 1998, México, El Colegio de México, p. 25.

¹³ María Zambrano, *Hacia un saber del alma*, 1993, Madrid, Alianza, p. 20.

¹⁴ Clarice Lispector, *Soplo de vida*, 1994, Madrid, Siruela, p.15.

¹⁵ María Zambrano, *Senderos*, 1989, Barcelona, Anthropos, p. 9.

NOTAS

posible verdad cuando descendemos a nuestros infiernos, en búsqueda de lo que habita en la sombra: lo que ha sido negado y humillado.

Si un acto de soledad, como lo es la experiencia espiritual del exilio, es lo que nos permite acceder a nuestro infierno, gracias a la verdad en él encontrada, es también nuestro paraíso. “Toda palabra es un conjuro. Ese espíritu al que se llama, aparece.”¹⁶

El planteamiento que se recoge aquí, es el de considerar el exilio del ser como semilla de lo humano creador. En este sentido todos podemos dar cuenta de la soledad, del abandono, ‘del no ser nada’ contemporáneo, del naufragio de nuestro ser, pero también, de nuestro rescate gracias a la voz, a la palabra, a la narración de nuestro sufrimiento; el exilio del ser se manifiesta como semilla de lo humano creador. Si éste es raíz de nuestra creación también lo es de nuestro pensamiento; el pensar como una necesidad de hacer espacio, de encontrar un lugar donde poner lo rescatado por nuestra mirada. Lo primero que nos da indicio de que algo ocurre a nuestro ser, es su negación a lo que le implique coerción, negación del ejercicio de la libertad. El movimiento que realiza el espíritu se efectúa ante la imposición: y es decir *no*, como acto radical de la

libertad. No, ante lo que reproduce la negación del ser, no, a lo que atenta a la posibilidad creadora del hombre. Ante ello advertimos que en el espacio recién creado, se ha alumbrado algo nuevo.

El pensamiento, como nosotros mismos, no sólo se vive necesitado de un espacio sino también se vive con relación a lo establecido y legitimado. La pregunta inevitable es: ¿Cómo poder pensar sin dejar de tener presente las exigencias de silenciar la memoria, de negar tantas memorias, de excluirlas, de expulsarlas, de echarlas fuera de los márgenes de lo que sí es permitido pensar? ¿El pensamiento, entonces, no puede darse sino ejerciendo la intolerancia? O asumiendo su papel de exiliado, de voz propia, autónoma, no esta dispuesto a ejercer el oficio de la justificación y la marginación. Ésta es la condición del pensamiento exiliado, echado fuera por ilegítimo, el tener como fundamental propósito no dar lugar a la desmemoria. Es por ello que llegamos al planteamiento de que el exilio, puede ser entendido también como posibilidad de germinación de nuevas condiciones del pensamiento, que se abren a otros horizontes de verdad. La condición de exilio ontológico, como el lugar donde nace la propia voz, se ha traducido en rebeldía, disidencia: ya que toda rebeldía

¹⁶ Novalis, *op. cit.*, p. 31.

invoca tácitamente un valor que abre un espacio de reflexión ética.

La figura del exilio se entreabre como una dimensión fundamental en la obra de Zambrano.

Su vida y obra filosófica están imbricadas en la búsqueda de la verdad que se cifra en la palabra y que no nos deja olvidar la sentencia que la autora hizo suya: “en el principio fue el verbo”.

Algo que no podemos dejar de señalar es la fuerza e intensidad espiritual que hay en la vida y en la obra de Zambrano, en su vivir el exilio no sólo como un dolor relacionado con el destierro o la expulsión, sino haber ahondado en él de la forma que señala Novalis: *Hay que ser dignos de nuestro dolor*.¹⁷ El exilio en María Zambrano es un horizonte no sólo de elaboración teórica, sino fundamentalmente, un reconocer una condición vital del hombre: encontrar en él la posibilidad de llegar a la íntima verdad: al propio tiempo, al propio ritmo, donde el alma despierta a la aurora de nuestro ser.

La llaga [...] de la herida se abre hacia adentro, hacia el ser mismo, no una pregunta, sino un clamor despertado por aquello invisible que pasa sólo rozando: [...] el Único, el que pide ser seguido y

luego se esconde en la claridad. Perderse en esa búsqueda, puede darle algún secreto: [...] el lugar donde se recoge al amor herido.¹⁸

Claros del bosque

El claro del bosque es un centro. Un centro en el que no siempre es posible entrar. Es otro reino que una alma habita y aguarda. No hay que ir a buscarlo, ni a buscar algo determinado, prefigurado. Si nada se busca en él, la ofrenda será imprevisible, ilimitada. Ya que la nada y el vacío han de estar presentes, latentes, en la vida humana. Y el temor del éxtasis que ante la claridad acomete hace huir del claro al visitante, que se torna intruso. *Me buscabas y ahora, cuanto te soy propicio, te vuelves a ese lugar donde respirar no puedes. No se puede ir al bosque si se va con la idea de retornar.*

Aparece luego en el claro del bosque el temblor del espejo y en él, el anuncio y el final de la plenitud que no llegó a darse: la visión adecuada al mirar despierto y dormido al par: la palabra presentida. El claro es entonces espejo que tiembla, claridad aleteante que deja dibujarse

¹⁷ *Ibid.*, p. 41.

¹⁸ María Zambrano, *Claros del bosque*, 1993, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca de bolsillo, p. 17-8.

NOTAS

210

algo al par que se desdibuja. Y todo es ilusión, todo alude, la luz se curva arrastrando consigo al tiempo, luz y tiempo curvado son testimonio y presencia de la redondez del universo y de la vida. La luz tiembla pues no deja de descender y de curvarse en todo recoveco oscuro, y que no puede sin violencia entrar en el nuestro último rincón de defensa. El iris resplandece primero abajo, en la espesura y después en los cielos creando un imprevisible claro propicio. Brillan los colores sosteniéndose hasta el último instante en el juego del aire con la luz. Y los colores sombríos aparecen como privilegiados lugares de luz, adentrándose para luego mostrarse en la rama dorada de la divinidad que ha huido o que no ha llegado todavía. Son breves los detenimientos del amigo del bosque. Un doble movimiento lo reclama sobreponiéndose: el de ir a ver y el de llegarse hasta el límite del lugar por donde la divinidad partió.

Y sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse en el reino del logos asequible, disponible, daría resultado. Un método nacido de un *incipit vita nuova*, que despierte, que se haga cargo de todas las zonas de la vida: sobre todo de las agazapadas, de las avasalladas. Un método así no puede pretender continuidad. ¿Mas cómo

sostenerse en ella? Es la pregunta fundamental, ¿cómo poder vivir en las zonas, que en su calidad de avasalladas, se mantienen en las profundidades donde se da la claridad? Un centro ha sido despertado, centro de la mente, centro del ser cuando el amor entra en juego declaradamente.

A los claros del bosque no se va a preguntar. La llaga de la herida se abre hacia adentro, hacia el ser mismo, no una pregunta, sino un clamor despertado por aquello invisible que pasa sólo rozando: el Único, el que pide ser seguido y luego se esconde en la claridad. Perderse en esa búsqueda, puede darle algún secreto: el lugar donde se recoge al amor herido.